

AÑO VII
Nº141



ZURAMERICA

ediciones & publicaciones

- Breve historia del antiintelectualismo —
- La presión del antiintelectualismo —
- ¿El fin de las ciencias sociales? —
- La ética de la I. A. —

LIBROS:

Oink de Paul Seaquist

Nachtzwaluw de Rodrigo Barra

Gerundio, el rey africano de Verónica Grunewald

Circunstancias frágiles de María Luisa Hurtado

Fábricas, lugares... olvido de Rodrigo Asenjo



Editorial

Apoyamos al Segundo Encuentro Internacional de Minificción, y le deseamos los mejores resultados.

¡Buena lectura!

El editor de Zuramérica





PROYECTO FINANCIADO
POR EL FONDO DEL
LIBRO Y LA LECTURA
CONVOCATORIA 2026



EIM26

Segundo Encuentro Internacional de Minificción

— presencial y virtual —

ORGANIZA



2 al 5
de septiembre
2026

ESCUELA DE INGENIERÍA Y CIENCIAS
Beauchef 851 / República 701, Santiago

JUNTA DE VECINOS, BARRIO YUNGAY
Herrera 660, Santiago

CASA MICHUACÁN
Lynch Norte 164, La Reina

Sábado 5 de septiembre
CLUB ALEMÁN, VALPARAÍSO
Salvador Donoso 1337, Valparaíso

Invitados extranjeros

Luisa Valenzuela
Sandra Bianchi
Raúl Brasca
Juan Romagnoli
Javier Perucho
Bao Shu (宝树)



COLABORAN

LE MONDE
diplomatique
EDICIÓN CHILENA



JUNTA DE VECINOS
Barrio Yungay



fcfm
FACULTAD DE CIENCIAS
FÍSICAS Y MATEMÁTICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE

Escuela de Ingeniería y Ciencias
ETHICS



中国图书进出口(集团)总公司
CHINA NATIONAL PUBLICATIONS IMPORT & EXPORT (GROUP) CORPORATION



PROGRAMA

Segundo Encuentro Internacional de Minificción



MIÉRCOLES 2 DE SEPTIEMBRE DE 2026

INAUGURACIÓN DEL ENCUENTRO

*Sede: Escuela de Ingeniería y Ciencias, Universidad de Chile,
Beauchef 851, sala B06, Santiago.*

18:00 – 18:15 *Ceremonia de Apertura.*

Palabras de bienvenida de los organizadores.

18:15 – 19:00 *Conferencia: «El silencio en la minificción».*

MODERA: Gabriela Aguilera.

PARTICIPA: Raúl Brasca.

19:00 – 19:30 *Lectura: “Beauchef en 100 palabras”.*

19:30 – 21:00 *Presentación de invitados extranjeros y lectura.*

MODERA: Diego Muñoz Valenzuela.

PARTICIPAN: Luisa Valenzuela, Sandra Bianchi, Raúl Brasca, Juan Romagnoli, Javier Perucho.

JUEVES 3 DE SEPTIEMBRE DE 2026

*Sede: Escuela de Ingeniería y Ciencias, Universidad de Chile,
República 701, sala 10. Entrada: Domeyko 2338, Santiago.*

10:00 – 11:30 *Mesa de Lectura y Diálogo: «Presencia de la realidad, la memoria y los conflictos sociales en la minificción».*

MODERA: Cristian Montes.

PARTICIPAN: Gregorio Angelcos, Eduardo Contreras, Pía Barros, Martín Pérez, Luis Tamayo, Max Valdés.

11:30 – 12:00 *Pausa.*

12:00 – 12:45 *Conferencia: «Inventario latinoamericano de la minificción en México: autores, libros y editoriales (1923-2026)».*

MODERA: Ximena Vergara.

PARTICIPA: Javier Perucho.

12:45 – 14:30 *Pausa.*



PROYECTO FINANCIADO
POR EL FONDO DEL
LIBRO Y LA LECTURA
CONVOCATORIA 2026

COLABORAN



Escuela de Ingeniería y Ciencias
ETHICS





PROGRAMA

Segundo Encuentro Internacional de Minificción



- 14:30 - 15:15** *Entrevista a Sandra Bianchi.*
MODERA: Gabriela Aguilera.
- 15:25 - 16:25** *Conferencia: «El fulgor de la palabra en la minificción».*
MODERA: Diego Muñoz Valenzuela.
PARTICIPA: Luísa Valenzuela.
- 16:35 - 17:20** *Entrevista a Javier Perucho.*
MODERA: Eduardo Contreras.

*Sede: Junta de Vecinos Barrio Yungay,
Herrera 660, Santiago*

- 19:00 - 20:30** *Mesa de Lectura: Escritores extranjeros y chilenos.*
MODERA: Fernanda Cavada.
PARTICIPAN: Luisa Valenzuela, Sandra Bianchi, Raúl Brasca, Juan Romagnoli, Javier Perucho, Verónica Silva, Fabián Cortés, Patricia Rivas.

VIERNES 4 DE SEPTIEMBRE DE 2026

*Sede: Escuela de Ingeniería y Ciencias, Universidad de Chile,
República 701, sala 10. Entrada: Domeyko 2338, Santiago.*

- 10:00 - 11:30** *Mesa de Lectura y Diálogo: «Fronteras con otros géneros y tendencias en la minificción».*
MODERA: Cecilia Aravena.
PARTICIPAN: Lilian Elphick, Diego Muñoz Valenzuela, Carlos Iturra, Gabriela Aguilera, Lorena Díaz, Paulina Bermúdez, Camilo Montecinos.
- 11:30 - 12:00** *Pausa.*
- 12:00 - 13:00** *Mesa de Diálogo: «El fomento de la Minificción».*
MODERA: Ximena Vergara.
PARTICIPAN: Pía Barros (Editorial Asterión), Lorena Díaz (Sherezade), Loreto González y Leonardo Falcón (Beauchef en 100 palabras).
- 13:00 - 14:30** *Pausa.*
- 14:30 - 15:15** *Entrevista a Raúl Brasca.*
MODERA: Pía Barros.



PROYECTO FINANCIADO
POR EL FONDO DEL
LIBRO Y LA LECTURA
CONVOCATORIA 2026

COLABORAN



fcfm

Escuela de Ingeniería y Ciencias
ETHICS

FACULTAD DE INGENIERÍA Y CIENCIAS
FÍSICAS Y MATEMÁTICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE



FDdC
— FUNDACIÓN —
DELIA DEL CARRIL



JUNTA DE VECINOS
Barrio Yungay



中国图书进出口(集团)总公司



PROGRAMA

Segundo Encuentro Internacional de Minificción



- 15:25 - 16:10** *Entrevista a Juan Romagnoli.*
MODERA: Gabriela Aguilera.
- 16:20 - 17:05** *Entrevista a Luisa Valenzuela.*
MODERA: Diego Muñoz Valenzuela.

*Sede: Casa Michoacán,
Lynch Norte 164, La Reina*

- 19:00 - 20:00** *Mesa de Lectura: Escritores extranjeros y chilenos.*
MODERA: Julio Henríquez.
PARTICIPAN: Luisa Valenzuela, Sandra Bianchi, Raúl Brasca, Juan Romagnoli, Javier Perucho, Yuri Soria-Galvarro, Francisca Rodríguez.
- 20:00 - 20:15** *Clausura del Encuentro en Santiago.*
Hablan los organizadores.

SÁBADO 5 DE SEPTIEMBRE DE 2026

*Sede: Club Alemán,
Salvador Donoso 1337, Valparaíso*

- 11:00 - 11:40** *Entrevista a Bao Shu (宝树).*
MODERA: Sun Xintang (孙新堂).
- 11:40 - 13:10** *Mesa de Lectura: Escritores extranjeros y chilenos.*
MODERA: Jorge Ramírez de Arellano.
PARTICIPAN: Luisa Valenzuela, Sandra Bianchi, Raúl Brasca, Juan Romagnoli, Javier Perucho, Bao Shu (宝树), Eduardo Contreras, Cecilia Aravena y Diego Muñoz Valenzuela.
- 13:10 - 13:30** *Clausura del Encuentro en Valparaíso.*
Hablan los organizadores.



PROYECTO FINANCIADO
POR EL FONDO DEL
LIBRO Y LA LECTURA
CONVOCATORIA 2026

COLABORAN



Escuela de Ingeniería y Ciencias
ETHICS



JUNTA DE VECINOS
Barrio Yungay



中国图书进出口(集团)总公司

Palabras

“¡Qué sabe del amor quien no tuvo que despreciar precisamente aquello que amaba!”.

Friedrich Nietzsche

Cuento

Un grupo de amigos lleva a cenar a casa a un inmigrante; terminan comiéndoselo a la parrilla. El campeón mundial de ruleta rusa pierde. Una compra y venta de cónyuges ofrece esposas a precios asequibles, incluso dos por una. Un vecino intruso es empalado, para que no vuelva a husmear. Un peatón ve a un grupo de indigentes bajo un puente y piensa que es un spa vacacional; decide pasar sus vacaciones con ellos. Un terrorista detona una bomba en el supermercado; los clientes pasan impávidos por sobre los cadáveres mutilados en dirección al jugo de naranja, el helado y las cajas. *Oink* es una colección de narraciones marcadas por un fuerte comportamiento antisocial. Por empatía y remordimientos reducidos y un carácter altamente desinhibido. Todo, producto de las vivencias de niñez y juventud de su personaje central. Un hombre escéptico, solitario y que solo ve la luz a través de los ojos de su hija adoptiva. Luego de sumar eventos traumáticos a su vida, nuestro protagonista se reencuentra con el monstruo en que se fue transformando poco a poco, para acabar muriendo bajo sus propias leyes. *Oink* es una compilación de cuarenta y ocho cuentos separados, sí, pero que tienen la capacidad de formar, en la mente del lector, una novela en la que conoceremos la vida de su personaje principal, a quien a ratos entenderemos, odiaremos, y en otros nos generará lástima. *Oink*, ¿es el reflejo de nuestra sociedad? ¿Una crítica a ella? O solo el desvarío de una escritura polémica centrada en lo visceral, en lo terrorífico y la explotación de imágenes sexualmente sugestivas o de violencia



[COMPRAR AQUÍ](#)

Oink

Paul Seaquist

16 x 19 cm / 167 páginas

978-956-9776-36-6

2023, marzo

\$ 16.500.-

[Prensa y medios](#)



Breve historia del antiintelectualismo

Reconocer cómo ha evolucionado y mutado esta aversión al saber —porque se disfraza de populismo, soberanía común, religiosidad o pragmatismo— es fundamental.

Desde la más remota antigüedad, el antiintelectualismo ha sido una fuerza invisible que trabaja desde las sombras de la historia, erosionando lentamente el valor atribuido al saber, la reflexión y el pensamiento crítico. En la antigua China imperial, el primer emperador Qin Shi Huang (246–210 a. C.) ejecutó una estrategia cultural implacable: ordenó quemar los libros de las célebres “Cien Escuelas del

Pensamiento” —salvo aquellos que respaldaran el legalismo— y persiguió a quienes los poseían o estudiaban. Aunque se preservaron copias secretas en la biblioteca imperial, el mensaje fue claro: toda disidencia intelectual debía ser silenciada.

Saltando a comienzos del siglo XX en el Imperio otomano, el antiintelectualismo adoptó la forma más brutal: durante el genocidio armenio de 1915, se deportaron y asesinaron a alrededor de 2.300 intelectuales armenios, con la intención deliberada de anular el liderazgo cultural y político de la comunidad.

Un desarrollo aún más extremo ocurrió en Camboya bajo Pol Pot (1975–1979), cuando el régimen de los Jemeres Rojos impulsó una revolución agraria total, apuntando a destruir todo vestigio de cultura urbana o académica. Se llegó a considerar sospechoso portar gafas: símbolo de intelecto y, por lo tanto, motivo de persecución y muerte.

Durante la Revolución Cultural (1966–1976) en China, Mao Zedong movilizó a los Guardias Rojos para purgar “elementos burgueses liberales” del país. Universidades fueron cerradas, profesores atacados y la educación, literalmente, puesta en jaque por la violencia política.

Desde Occidente, el antiintelectualismo también ha tenido raíces profundas. En la América colonial, el puritanismo veía con recelo la erudición; figuras como John Cotton llegaron a afirmar que “cuanto más erudito y sagaz seas, más apto serás para servir a Satanás”. Esta sospecha hacia la intelectualidad pronto se volvió culturalmente estabilizada, asociada con una visión

democrática que valoraba la acción práctica por encima de la teoría compleja.

Richard Hofstadter, en su obra fundamental *Anti-Intellectualism in American Life* (1963), ganadora del Pulitzer en 1964, explicó que el antiintelectualismo en EE. UU. floreció gracias a la conjunción de tres corrientes: la religión evangélica, el igualitarismo radical y el pragmatismo utilitario. Para Hofstadter, la veneración democrática de “lo práctico” y la identidad del “hombre común” se volvieron armas retóricas para minimizar el valor del pensamiento profundo. En sus palabras, el antiintelectualismo es “un resentimiento hacia la vida de la mente y quienes la representan, y una disposición a minimizar constantemente el valor de esa vida”.

Ese impulso arraigó en la educación misma. Los manuales escolares y prácticas pedagógicas llegaron a transmitir la idea de que los niños no debían estimar demasiado las capacidades mentales; el colegio se retrató como lugar para formar carácter y principios, no para la búsqueda de la verdad. Además, Hofstadter no ocultaba su escepticismo: los nuevos métodos educativos, concebidos para adaptarse al “interés inmediato” de los alumnos, fomentaban un enfoque hedonista y utilitario que descuidaba la disciplina intelectual.

La cultura empresarial también promovió la tendencia. El auge de la clase media técnica y la expansión industrial —con sus escuelas de administración y autoayuda— desplazaron el pensamiento crítico por enfoques puramente funcionales. El mismo Hofstadter consideraba que, si bien estas transformaciones nacieron de un deseo

genuino de una educación más accesible, terminaron devaluando la imaginación y reduciendo el intelecto a una herramienta de producción.

En la cultura popular del siglo XX, la figura del “egghead” —intelectual distante— fue estigmatizada, como en el caso de Adlai Stevenson, cuyo tratamiento público durante las campañas políticas evidenció el desprecio hacia las ideas abstractas. Día tras día, la televisión y los medios de masas cimentaron la narrativa: lo sensacional, emocional y superficial vencía fácilmente al debate matizado y fundamentado.

El fenómeno evangélico en Estados Unidos fue especialmente clave. Aunque la tradición teológica contempló figuras como Thomas Aquinas como puente entre fe y razón, en el siglo XX el énfasis recayó en la experiencia personal fervorosa, desplazando el entusiasmo por la reflexión académica. El historiador Mark Noll calificó esta situación como “el escándalo de la mente evangélica”: una inquietante carencia de reflexión intensiva dentro del evangelicalismo moderno. El rechazo actual de cierta ciencia —como las vacunas— por parte de algunos sectores evangélicos confirma la persistencia de esta tendencia.

En el siglo XXI, el antiintelectualismo ha evolucionado hacia una forma posmoderna. La desconfianza hacia los expertos, alimentada por “hechos alternativos” y teorías conspirativas, desafía el valor de la ciencia y la experiencia académica. El periodista Simon Schama denuncia un “asalto al conocimiento” llevado a cabo, por ejemplo, bajo la administración Trump, donde se recortó presupuesto científico, se censuraron

publicaciones académicas y se promovió una narrativa nacionalista sobre autoridad intelectual.

Richard Hofstadter también alertó sobre el “estilo paranoico” en la política estadounidense: un dispositivo que moviliza el miedo, el rumor y la sospecha como motor ideológico, extendiéndose desde McCarthy hasta estructuras populistas recientes.

Este desprecio a la mente cultivada también ha permeado espacios digitales y foros de redes sociales. Un ciudadano citó a Asimov: “Existe un culto a la ignorancia en Estados Unidos que siempre ha estado presente... fomentado por la falsa idea de que en democracia, mi ignorancia vale tanto como tu conocimiento”. Otro usuario resumía el desafío contemporáneo: no basta con educar más; debemos confrontar nuestras propias creencias cómodas y aceptar que no sabemos tanto como creemos saber.

El antiintelectualismo no es un capítulo breve de la historia, sino una corriente persistente que ha moldeado civilizaciones y mentalidades. Desde la quema de libros en la China imperial, hasta el cierre de universidades en Camboya, pasando por la sospecha contra la erudición en sociedades democráticas, el intelecto ha sido instrumentalizado, atacado y minusvalorado en múltiples contextos.

Reconocer cómo ha evolucionado y mutado esta aversión al saber —porque se disfraza de populismo, soberanía común, religiosidad o pragmatismo— es fundamental. En un mundo donde la posverdad y las redes sociales erosionan la estructura misma del discurso fundado, es más necesario que nunca restituir el valor a

la curiosidad, al pensamiento crítico y al conocimiento reflexivo como pilares de una ciudadanía consciente y libre.

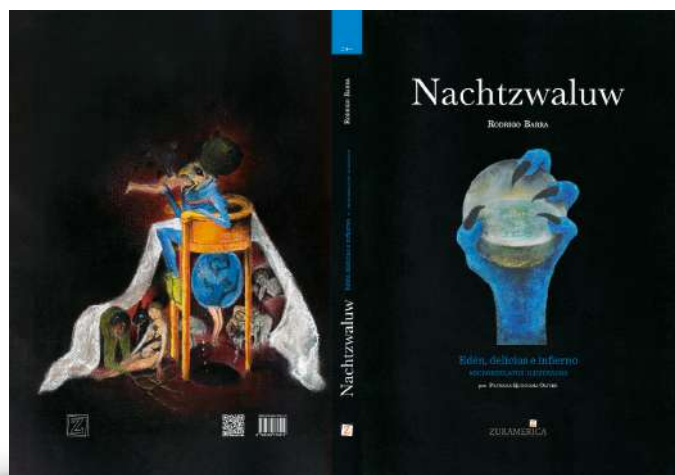
Referencias: (1); (2); (3); (4).

Definiciones

“El pesimista se queja del viento.
El optimista espera a que cambie.
El realista ajusta las velas”.

Libro imagen

Nachtzwaluw es el pájaro chotacabras, de antiguo relacionado con el dios griego Hermes, vinculado con el paso de las almas al infierno. En el idioma de El Bosco significa “tragar la noche”, y una homofonía “hombre desnudo”; es lo que refleja este libro en sus microrrelatos.



[COMPRAR AQUÍ](#)

Nachtzwaluw

Rodrigo Barra Villalón

Patricia Quintana Oliver (Ilustradora)

19,5 x 27,5 cm / 148 páginas

978-956-9776-21-2

2022, julio.

\$ 29.500.-



La narrativa de Barra constituye atractivos argumentos de lo que hoy por hoy se edita en castellano y, sobre todo, dan a conocer a un escritor que no vive pendiente de las candilejas ni de la propaganda.

-Camilo Marks, *El Mercurio*



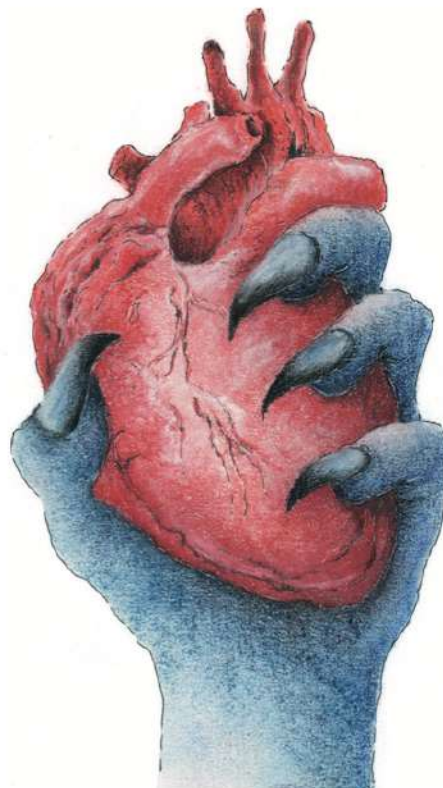
Patricia Quintana Oliver (Culiacán, Sinaloa, México 1964) estudió en la facultad de Bellas Artes en la universidad autónoma de Querétaro. Antes, arquitectura de interiores y cursos de educación continua en la Academia de San Carlos, de la Ciudad de México. Desde 1989 se dedica a ilustrar libros de arte y a la realización de grabados para ediciones, habiendo participado en: *Cartografía en peligro de extinción* (sin publicar), *Florilegio médico mexicano* (1993), *Pasajes y estampas del descubrimiento* (1991), entre otros. Trabajó como docente en diferentes disciplinas relacionadas a la historia del arte, dibujo en perspectiva, figura humana, técnicas del color, así como las materias de pintura en sus diferentes técnicas. Ha participado en diferentes talleres de producción artística y exposiciones de pintura, tanto individuales como colectivas.



Rodrigo Barra Villalón (Punta Arenas, Chile, 1965). Es Magíster en Edición de la Facultad de Comunicaciones y Letras de la Universidad Diego Portales y Cirujano Dentista de la Universidad de Chile. Editor de Zuramérica Ediciones & Publicaciones S.A. Ha publicado *Nachtzwaluw* (julio 2022), sesenta microrrelatos ilustrados por la artista visual mexicana Patricia Quintana Oliver en que se refleja el edén, delicias e infierno del 'hombre desnudo' de El Bosco; *Fantoches* (junio 2022), novela que trata la dificultad de las relaciones tóxicas de una pareja y analiza a parte de la sociedad actual; *Fabulario* (diciembre 2019), treinta y siete narraciones de ficción alegóricas; y *Algo habrán hecho* (diciembre 2018), diecisiete cuentos-crónicas políticas sobre el período de la dictadura en Chile.

El séptimo

Seis corazones precedieron al definitivo. Todos ellos lograban bombear rítmicamente por más de dos siglos. La ventaja del séptimo fue su sentimiento de desolación por la injusticia. Entonces, los dueños del mundo se dieron por satisfechos: es más fácil dominar corazones tristes que perfectos.



8

9



La función debe continuar

Triste, el dueño advertía cómo el espectáculo iba decayendo. Ni el acceso gratuito para gente de la tercera edad, el algodón de azúcar de regalo para cada niño ni el grupito de señoras contratadas para aplaudir fueron suficientes para salvar al circo. Todo se desmoronaba. Acorralado por las deudas, el hombre optó por salir a la pista y explicar las dolorosas circunstancias por las que había pasado desde niño para llegar hasta donde estaba. El público rio como nunca. Llorando, se disparó en la sien. Cayó como un saco de papas; obteniendo rabiosos aplausos.

12

13

La presión del antiintelectualismo



El antiintelectualismo, o hacer apología de la estupidez, tiene también efectos políticos, pues facilita controlar mejor las conductas y deseos de la ciudadanía.

Isaac Asimov dijo en su momento que «la presión del antiintelectualismo ha ido abriéndose paso». Naturalmente, hacía referencia a un fenómeno que inició su andadura, aproximadamente, a finales del siglo XVIII, con el surgimiento del Romanticismo. Si la Ilustración fija su atención en las bondades de la razón, tras la explosión de la revolución científica de los siglos XVI y XVII, el Romanticismo opera a modo de antítesis hegeliana del discurso previo, prestando más atención al elemento emocional y sentimental, a los aspectos ocultos, irracionales, inconscientes y tenebrosos.

Por poner un ejemplo de esto, como dice Jeffrey Burton Russell, «muchos románticos del tipo revolucionario afirmaban que, si Satán era el mayor enemigo del cristianismo, debía ser entonces un heroico rebelde contra la injusticia de la autoridad y merecedor, por lo tanto, de alabanza». La figura de Satán cobró un nuevo significado a partir de esos años. Y hay que tener en cuenta que el diablo representa aspectos vinculados a lo siniestro (que etimológicamente hace referencia a la izquierda, a lo irracional y ctónico —del griego *khthónios*, que significa "perteneciente a la tierra" o "subterráneo"—), por lo cual no es de extrañar la reivindicación de su figura por algunos autores de la época sujetos al nuevo paradigma estético y cultural.

Una corriente crítica se transforma de alguna manera en su contrario.

Un autor que sigue una línea irracionalista, que cuestiona el racionalismo moderno y que tiene una influencia decisiva en el siglo XX, es Nietzsche (también en sus inicios se vio influenciado por el Romanticismo, fue amigo de Wagner, etc.). También Bergson fue representante de tales corrientes, con su teoría del élan vital. Entre otras muchas figuras que sentían este interés por comprender el mundo desde otros puntos de vista ajenos a la razón monolítica están Oswald Spengler, María Zambrano, Ortega y Gasset, etc. No obstante, la influencia decisiva la ejerció Nietzsche, quien, entre otras cosas, influyó en los llamados posmodernos, cuyo impacto en la vida universitaria, mediática y cotidiana de

las personas ha sido enorme en las últimas décadas. Para estos, grosso modo, la razón es una herramienta empleada por el poder para ejercer su dominación. También hablaría Foucault de la verdad como algo establecido y acordado desde el poder. Previamente a los llamados posmodernos, un filósofo de la ciencia claramente antirracionalista fue Paul Feyerabend, que escribió libros como *Contra el método* o *Adiós a la razón*. Feyerabend era tan contrario a la ciencia y sus representantes como Voltaire lo era respecto a la Iglesia y sus agentes. De nuevo nos topamos aquí con el giro hegeliano antes mencionado. Una corriente crítica se transforma de alguna manera en su contrario. Si Voltaire cuestiona la religión en favor del racionalismo, Feyerabend pone en la picota este último en favor de formas alternativas y más inclusivas de interpretar la realidad.

Dicho esto, durante el siglo XX la filosofía de la ciencia ha tendido a debilitar el discurso científico y a minar su supuesta validez universal y cuasi absoluta. Esto es palpable en las teorías sobre la ciencia de Karl Popper, Thomas Kuhn y el propio Feyerabend, entre otros. Digamos que estas corrientes filosóficas son las que explican la expansión del antiintelectualismo entre la población civil, puesto que este tipo de teorías, si gozan de favor en el mundo intelectual, acaban por permear la conciencia colectiva. Por otra parte, hay que añadir a esto una inclinación natural entre los seres humanos que nos lleva a querer creer en elementos mágico-religiosos, en axiomas no demostrables y en fenómenos no racionales. En muchos casos, por ejemplo, las personas tienden a creer aquello que les gustaría creer por el

hecho de que el postulado en cuestión halaga su vanidad, sus deseos e intereses, etc.

Un ciudadano carente de apropiadas herramientas mentales e intelectuales siempre será más fácilmente manipulable y explotable.

Este antiintelectualismo, además, puede ser promovido por grandes corporaciones, partidos políticos y campañas de marketing, puesto que un ciudadano carente de apropiadas herramientas mentales e intelectuales siempre será más fácilmente manipulable y explotable. Para muchos, en España, los planes educativos promovidos por partidos políticos de muy diverso signo desde la Transición han contribuido a debilitar la educación pública de modo radical, haciendo de esta una entidad cada vez más inútil e ineficiente a la hora de dotar de cultura, autonomía intelectual y conocimientos a los jóvenes.

Podemos hacer referencia también a campañas de marketing que hacen apología de la estupidez. Un ejemplo de esto último lo hallamos en una campaña de marketing de Diesel no tan antigua que afirma: «La inteligencia reconoce las cosas por lo que son: sé estúpido». Su Be Stupid Manifesto proclama lo siguiente: «Estúpido es una cosa maravillosa. Es un modo de vida. Es como nosotros creemos que deberías amar. El mundo sería un lugar mucho más feliz si fuéramos todos un poco más estúpidos. Estúpido, no es publicidad, es un movimiento. Y este es el manifiesto de los estúpidos». Como vemos, la campaña aboga explícitamente por el

pensamiento dogmático y la no inteligencia, alabando la falta de criterio que domina la cultura de consumo y que tan bien sirve a las corporaciones. Por otro lado, vemos cómo ya no se necesita filtro ideológico alguno que vele las intenciones del anunciante; estas son expresadas abiertamente.

Todo esto tiene efectos políticos, cómo no. Podríamos hablar de la falsa noción, según la cual, la democracia significa o implica que la ignorancia es igual de válida que el conocimiento. Pero a esto deberíamos responder que una cosa es la democratización de la sociedad y otra, muy distinta, el rebajamiento de las aptitudes mentales de todos con la intención de controlar mejor sus conductas y deseos.

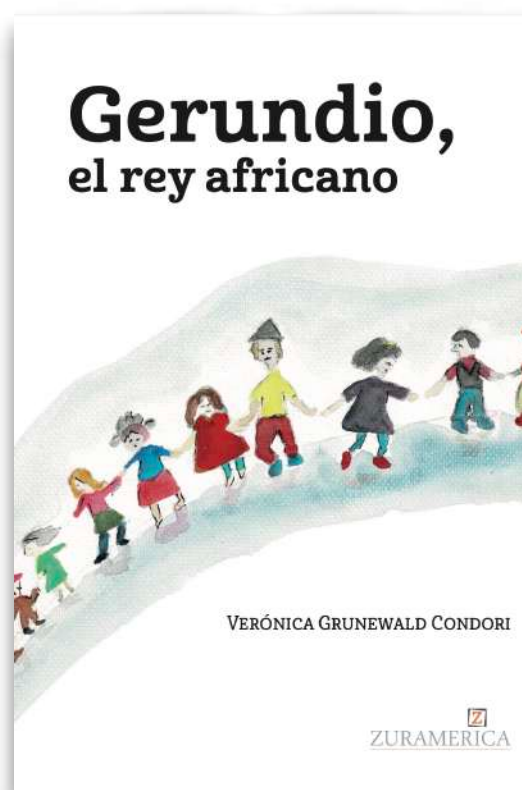
Frases

“Nunca le preguntes a un mentiroso por qué mintió. Para explicarlo, tendrá que volver a mentir”.

Lev Martin

Cuento

Verónica nos adentra con la gran ductilidad de su pluma en ese mundo infantil sano y alegre. Ese mundo infantil que carece de prejuicios, en el cual la amistad es completamente desinteresada e incondicional. Más allá de la idea preconcebida que puede generar recelo del diferente, o del extranjero, el niño que nos relata la historia entrega a Gerundio/Jerome una amistad desinteresada, sin envidias ni codicia. Su alegría por los éxitos del amigo es genuina, y la del amigo por los éxitos de él también, lo que manifiesta maravillosamente dando saltitos y brincos. Este cuento nos muestra la importancia de la amistad en la infancia, y de compartir juegos y momentos luminosos, cuando se vive aún el día a día, sin pensar en el futuro o en el pasado. La empatía en la infancia es tan grande que, en el caso de nuestro pequeño protagonista, ante una crisis familiar, él solo ve el lado positivo de mudarse a otra casa cerca de su amigo Gerundio. Pero, además, alude a la solidaridad que muestra no solo el niño, sino que la gente cercana a estos migrantes, cuando estos la necesitan. Este es un cuento necesario, indispensable diría yo, para romper las barreras que separan a un humano de otro humano. Estoy segura de que este cuento ocurre en realidad, en muchos lugares de nuestro país, y los niños, con la naturalidad que los caracteriza, aceptan a todos como amigos y hermanos.



[COMPRAR AQUÍ](#)

Gerundio, el rey africano

Verónica Grunewald Condori

17 x 23 cm / 44 páginas

978-956-9776-50-2

2024, agosto.

\$ 12.900.-

[Prensa y medios](#)



¿El fin de las ciencias sociales?

TRADICIÓN Y MODERNIDAD DEL ANTIINTELECTUALISMO EN EE. UU.

Las manifestaciones actuales de antiintelectualismo en Estados Unidos se inscriben en una larga tradición, lo que no debe ocultar el carácter singular de la situación presente, marcada por la transformación digital del espacio público y el surgimiento de autoridades culturales que compiten con la universidad.

En su obra sobre los intelectuales en Estados Unidos, escrita en la década de 1960, el historiador Richard Hofstadter hacía un diagnóstico clínico sobre la hostilidad latente de la población hacia ellos. Tras el macartismo, calificado entonces como un «apocalipsis para los intelectuales», trataba de comprender sus orígenes. Desde la creación de la República a fines del siglo XVIII, y aun cuando el término «antiintelectual» se acuñó solo después de la

Segunda Guerra Mundial, el país había mantenido siempre una fuerte hostilidad hacia las «lumberas» (*eggheads*). Ese rechazo estaba arraigado en una cultura política, económica y religiosa que hacía del «intelectual» el peligroso opuesto del ingenio práctico, el patriotismo ferviente y el puritanismo moral. En ese brillante ensayo, Hofstadter analizaba por primera vez una larga tradición de la que hemos observado un fuerte resurgimiento en los últimos 30 años. Si bien, con optimismo, preveía su fin gracias al éxito de la educación superior, el antiintelectualismo está más vivo que nunca y goza en gran medida de una profunda transformación de las condiciones estructurales que consagraron en el siglo XX el poder de los intelectuales. En efecto, la continuidad no debe ocultar el carácter singular de los ataques actuales contra el trabajo intelectual de los académicos en EE. UU. Este no solo ha sido fuertemente desacreditado, sino que, sobre todo, compite con nuevos espacios de producción de conocimiento con bases metodológicas diferentes. La fuerte autoridad científica, adquirida desde el nacimiento de las ciencias sociales, hoy se encuentra cuestionada, en especial en el espacio público, en beneficio de otros mediadores culturales. Si bien la ciencia en su conjunto se ve amenazada por la intensidad de la ola antiintelectual, las ciencias sociales están particularmente expuestas a este descrédito y estos nuevos competidores. La paradoja es notable: si bien las comunidades científicas nunca han sido tan importantes desde el punto de vista cuantitativo, en número de publicaciones y herramientas de edición (revistas, prensa, blogs), nunca estuvieron tan debilitadas en el espacio público estadounidense.

La larga vida del antiintelectualismo

En la plataforma del candidato republicano Donald Trump en 2024, y en general en los discursos conservadores, tanto los académicos como los periodistas son blancos privilegiados. Sin matices, una de las medidas trumpistas menciona nada menos que el fin del adoctrinamiento «comunista» de los estudiantes en los campus universitarios; apunta en particular al «wokismo», convertido actualmente en un práctico cajón de sastre para denunciar la supuesta peligrosidad de ideas forjadas en EE. UU. Con su retórica populista, Trump recicla el argumento crítico del intelectual Irving Kristol sobre la «nueva clase» de trabajadores intelectuales en el corazón del poder. Este gran referente del conservadurismo veía con preocupación, 50 años atrás, el surgimiento de un nuevo grupo de profesionales, dotados de un importante capital cultural y beneficiados por una posición privilegiada tras obtener su diploma universitario, debido a su capacidad para legitimar públicamente la importancia de sus análisis. Del calentamiento global a la pobreza o a las teorías críticas de la raza y el género, esta clase autoproclamada, agrega Trump, encuentra siempre el modo de inventar problemas públicos para mantener su dimensión hegemónica. De las universidades a la burocracia federal, su itinerario está completamente trazado, y nadie se atreve a cuestionar el fundamento de sus teorías sobre la sociedad, las relaciones sociales y las predicciones climáticas.

Detrás de la violenta retórica contemporánea, se repite un antiguo conflicto de autoridad sobre la

producción del conocimiento. Tal como lo demostró el historiador T. J. Jackson con precisión en su obra *No Place of Grace* [Sin lugar para la gracia], las nuevas élites intelectuales ya habían sido cuestionadas a fines del siglo XIX por otras élites que veían con malos ojos el surgimiento de estos actores legitimados por las ciencias sociales, por entonces en pleno auge. Se acusaba a los poseedores de este nuevo saber académico de trastocar los fundamentos morales y espirituales del país; se les reprochaba su fría racionalidad y su razonamiento estadístico; no se comprendía su interés en promover la ciencia en las esferas políticas y burocráticas. Las ciencias sociales irritaban particularmente debido a su voluntad de poner al servicio del poder sus investigaciones en el campo de la sociología, la psicología o la economía. Este rechazo a una secularización y una instrumentalización del pensamiento aún no ha desaparecido; incluso está en el origen de las batallas culturales contemporáneas que el historiador Andrew Hartman comparó acertadamente con el Kulturkampf alemán.

Si bien este conflicto en torno de la hegemonía cultural no se limita solo a los campus universitarios, apunta en primer lugar al trabajo de los académicos con una triple acusación recurrente: adoctrinamiento, fabulación, falta de sentido común. Esta denuncia del poder ideológico de las universidades no es nueva, como tampoco lo es la crítica al adoctrinamiento de las mentes jóvenes. Lo que distingue a EE. UU. es un creciente alegato contra el carácter no estadounidense (un-American) del trabajo de los intelectuales. A fines del siglo XIX, los economistas ya eran acusados de importar de Europa ideas extrañas sobre la fijación de impuestos a

los ingresos de las empresas y los particulares. En enero de 2023, un político de Texas, Dan Patrick, prolongó esta tradición reprochando a los profesores de la universidad pública de su estado su actitud profundamente antiestadounidense, a pesar de que sus salarios son financiados por los contribuyentes. Al referirse a los trabajos de los historiadores, se pregunta por qué estos se empeñan en repetir sin cesar que «EE. UU. es maligno, que el capitalismo es malo y el socialismo es bueno para el país». El antiintelectualismo se basa más que nunca en la certeza de un excepcionalismo estadounidense y la denuncia de la autoridad autoproclamada de la clase académica.

Esta crítica al trabajo intelectual resulta tan significativa que se ha convertido incluso en un género editorial en sí mismo, que se vende bastante bien y figura a menudo en la lista de los más vendidos de *The New York Times*. Desde la década de 1980, numerosas obras denuncian la presunta inepticia de los programas de educación superior que consagran una doxa multiculturalista y relegan al olvido la verdadera riqueza cultural estadounidense. Se fustiga a los «titulares de cátedra radicalizados» (*tenured radicals*), retomando la expresión de Roger Kimball, particularmente preocupado por el descrédito de los cánones del arte occidental en las clases de historia. Otros escritos se ensañan con el relativismo cultural en boga en los campus universitarios, siempre en detrimento de la tradición y la cohesión de la nación; en otros lugares, se advierte sobre los estragos de la *French theory*, temiendo que a fuerza de deconstruir todo, los estudiantes no aprendan finalmente gran cosa. Para sus detractores, el adoctrinamiento actual está más relacionado con la

deconstrucción y la pérdida que con las virtudes acumulativas de los saberes tradicionales y nacionales.

Además, las teorías contemporáneas sobre la sociedad resultan cada vez menos aceptables. Si en los años 70 Margaret Thatcher estimaba que «la sociedad» inventada por los académicos británicos no existía, los conservadores en EE. UU. detestan aún más la inventada por los defensores de las teorías críticas de la raza y el género. Según ellos, esta fabulación contribuye a una lectura fragmentada de las relaciones sociales y pone en peligro a la nación en su conjunto, llamando implícitamente a una guerra entre comunidades. En su libro *Age of Fracture* [La era de la fractura], el historiador de las ideas Daniel Rodgers recordaba precisamente la fragmentación de las ciencias sociales en numerosos estudios particulares. A partir de la década de 1980, esta fragmentación ha caracterizado los debates intelectuales, que se articulan principalmente alrededor de cuestiones identitarias y una lectura gramsciana de las relaciones de dominación. Para los conservadores, este enfoque doblemente fragmentado constituye una mera invención de intelectuales en busca de problemas sociales para mantener su dominación social y profesional. Para muchos, el wokismo constituye el último estadio del trabajo perverso de imaginación de la nueva clase y su voluntad de mantener su hegemonía a cualquier precio.

Estas fabulaciones son tanto más maléficas cuanto que han conducido a la adopción de prácticas específicas en los campus universitarios para proteger a las minorías. Desde hace una decena de años, los programas de inclusión agrupados bajo la sigla dei –*diversity, equity, and inclusion* (diversidad, equidad e inclusión)– son señalados

como los principales vectores de adoctrinamiento y como el resultado cuestionable de las nuevas teorías críticas sobre la sociedad. Estos dei tienen como objetivo garantizar el multiculturalismo en el campus universitario e impedir toda forma de discriminación contra las personas que trabajan o estudian allí. Si bien, por un lado, se justifican por la democracia universitaria y los trabajos sobre las identidades y las discriminaciones, resultarían, por el otro, una herramienta de validación de un racismo inverso, ejercido contra las poblaciones blancas. Tan dispuestos a anteponer la libertad de expresión, los académicos, según los conservadores, rechazarían toda discusión sobre el tema. Después de lo «políticamente correcto» (*politically correct*) de las décadas de 1980 y 1990, se estaría viendo el triunfo de una nueva forma de censura, que impone la raza y el género como los únicos modelos intelectuales válidos.

Estas condiciones prácticas de ejercicio del trabajo intelectual dan lugar a una última crítica: la falta de sentido común de los intelectuales, acusados de vivir en una burbuja social y cultural, totalmente alejada de la realidad de millones de compatriotas. Paradójicamente, su voluntad de racionalizarlo todo los aleja de lo real a través de diagramas, libros y estadísticas. A menudo, Trump, como tantos otros detractores de la teoría del calentamiento global, se burla de ella mencionando la nieve en Navidad y el frío invernal. Mucho más que el racionalismo académico, el empirismo popular sigue siendo la mejor de las brújulas para comprender el mundo. En un importante libro, la historiadora de la Ilustración Sophia Rosenfeld recordó la apropiación conservadora de la noción revolucionaria de sentido

común (*common sense*), forjada a fines del siglo XVIII por Thomas Paine. Más que nunca, esta referencia histórica se utiliza actualmente con el fin de descalificar el trabajo de los intelectuales.

Finalmente, las batallas culturales han dañado profundamente el estatus de los intelectuales. Fabuladores, desconectados, adoctrinadores: se los presenta como ciudadanos peligrosos que ponen en riesgo el orden y la paz social. Tal como sucedió durante el periodo macartista, comienzan a tomarse medidas para impedir que causen daño. En las escuelas públicas, se censuran actualmente libros que difunden las teorías críticas sobre la raza y el género. Según la asociación Pen America, el número de prohibiciones superó en 2024 las 10.000 en todo el territorio, con dos estados particularmente activos en la materia: Iowa y Florida. En las universidades públicas, se busca también limitar la audiencia de esas teorías, aun cuando se haga todo para evitar los ataques a la libertad de expresión, susceptibles de generar la anulación por parte de los tribunales y la Corte Suprema. En Tennessee, se aprobó una ley con el fin de prohibir la enseñanza de conceptos que generen división en la sociedad (*divisive concepts*). Aunque la terminología sea deliberadamente difusa, no engaña a nadie.

Más aún, algunos académicos y personal administrativo también han sido vilipendiados, a menudo después de acalorados debates en las instancias académicas. En 2015, en el estado de Carolina del Norte, en el campus de la Universidad de Chapel Hill, el Centro para la Pobreza, el Trabajo y las Oportunidades fue cerrado debido a su supuesto activismo en temas de

pobreza y discriminación en el mundo laboral. Ocho años más tarde, la presidenta de la Universidad A&M de Texas renunció debido a tensiones ligadas a la suspensión de los programas de I+D. Finalmente, en Florida, en una universidad de Sarasota, una bibliotecaria fue despedida por haber defendido la causa lgbti+ en el marco de su política de compra de libros.

En muchas universidades públicas, el trabajo intelectual se encuentra ahora bajo el creciente control de las autoridades políticas a través de intervenciones en los diferentes consejos académicos. Fue ese el sentido de la Ley Stop Woke, adoptada en Florida por el gobernador Ron DeSantis en 2022. Si bien el gobernador no logró mejorar el control de las decisiones sobre el nombramiento de los titulares de cátedra (*tenure*) –lo que habría puesto en peligro la libertad académica– ni limitar la implementación de las políticas inclusivas en los campus universitarios, consiguió un mayor control en las designaciones en los diferentes consejos académicos. En la primavera de 2024, tres presidentas de universidades (Claudine Gay de la Universidad de Harvard, Elizabeth Magill de la Universidad de Pensilvania y Sally Kornbluth del Instituto Tecnológico de Massachusetts) fueron convocadas al Congreso para dar explicaciones sobre las manifestaciones en favor de la causa palestina en sus instituciones. Dos de ellas terminarían renunciando debido a tensiones internas y a la violencia de los ataques sufridos durante las audiencias, en las que se llegó incluso a preguntarles sobre el uso del término «intifada» en los campus universitarios.

Fuertemente atacados y limitados en su libertad de pensamiento, los académicos gozan, sin embargo, de la protección constitucional de la libertad de expresión, del hecho de que gran parte del sistema universitario sea privado y de la solidez del tejido editorial. Siguen trabajando, pues, en condiciones extremadamente privilegiadas. Según el Centro Nacional de Estadísticas de Educación, EE. UU. contaba en 2020 con aproximadamente 824.000 académicos, de los cuales una minoría apoya al trumpismo o la revolución cultural conservadora. Si nos ubicamos en 2024, la producción en ciencias sociales nunca fue tan importante, tan erudita, tan ávida de elaborar teorías sobre las sociedades. Sin embargo, estos conocimientos se han vuelto cada vez más invisibles y desacreditados en el espacio público. Las batallas culturales son menos responsables de ello que la transformación del espacio público, la revolución digital y la creciente competencia de otros productores de conocimiento. En esto reside la gran novedad del antiintelectualismo que socava las propias condiciones de producción del trabajo intelectual.

Modernidad del antiintelectualismo

Para muchos, el *Informe Brandeis*, que lleva el nombre del prestigioso juez estadounidense de la Corte Suprema Louis D. Brandeis, sigue siendo un momento decisivo para las ciencias sociales y la autoridad de los académicos. Basando su defensa de la regulación del trabajo de las mujeres en estadísticas sociales en 1908, este brillante jurista estableció una alianza duradera entre las universidades, las ciencias sociales y las

instituciones. El conocimiento sobre la sociedad y las investigaciones sociales no quedaría confinado a las torres de marfil de los campus universitarios, sino que alimentaría la toma de decisiones, los fallos de la Corte Suprema, el trabajo de las agencias federales que se estaban creando en Washington D.C. y todo el tejido económico para construir un mundo mejor. Creadas masivamente por los empresarios para reducir el pago de impuestos federales, las fundaciones filantrópicas se sumaron al movimiento financiando masivamente centros de investigación, en especial para grandes estudios sociales y la producción masiva de estadísticas. En la ciudad industrial de Pittsburgh, a comienzos del siglo XX, los investigadores estudiaron las condiciones laborales, lo que permitió la elaboración de datos favorables para una legislación social que protegiera a las mujeres y los niños.

A lo largo del siglo XX, los académicos fueron ocupando progresivamente un lugar central. La democratización de los campus universitarios debía permitir el triunfo de los valores nacionales, pero también el desarrollo económico del país. En los años 60, el conocimiento académico se volvió hegemónico en el espacio público, y el éxito de las universidades estadounidenses en el mundo era motivo de orgullo para todo el país. A pesar de sus temores, el propio Hofstadter recordaba que la fiebre macartista se había disipado. Diez años más tarde, los presidentes John F. Kennedy (1961-1963) y Lyndon B. Johnson (1963-1969) se enorgullecían de tener a su lado a las mentes más brillantes del país para construir una Gran Sociedad más justa e igualitaria. Sus conocimientos generaron entonces una *expertise* en todos los ámbitos y ofrecieron a los

académicos un poder político, cultural y científico sin precedentes. Actualmente, esta triple autoridad se ve sometida a una fuerte competencia, lo que dio lugar a una reacción científica en cadena que refuerza la retórica que desacredita tanto los métodos como los resultados científicos. El ciclo intelectual virtuoso tomó forma en un espacio público forjado a fines del siglo xviii. En EE. UU., como en otros lugares, los académicos se han beneficiado de la democracia deliberativa y del espacio mediático para construir y legitimar su autoridad social. Desde comienzos del siglo XXI, estas condiciones estructurales han experimentado una profunda transformación. En un pequeño y estimulante ensayo, Jürgen Habermas analizó en detalle lo que sobriamente denomina el «giro» en curso en la concepción del espacio público, sobre el que tanto ha teorizado. El filósofo lamenta que el tiempo dedicado a la discusión y la confrontación con opiniones divergentes haya quedado relegado a un segundo plano. La inmediatez de las opiniones personales gobierna actualmente nuestras democracias, lo que ha conducido a un importante cambio en las prácticas laborales de las profesiones intelectuales, entre ellas los periodistas y los académicos. El desarrollo de las herramientas informáticas, la llegada de internet y la importancia de las redes sociales son los principales responsables.

En los universos digitales, las personas poseen un estatus de autores y productores de conocimientos autónomos similar al de los académicos. Más allá de la fuerte mercantilización de sus opiniones, no existe un verdadero debate ni un proceso serio de deliberación. Los algoritmos favorecen el cierre de cualquier discusión colectiva y crean una burbuja informativa muy alejada

del enfoque metodológico y racional de las ciencias sociales. Si bien se acusa a los intelectuales de vivir en una burbuja, esta parece mucho más permeable a las ideas externas que las de internet. El solipsismo caracteriza el espacio público actual. Semejante privatización desplaza a los poseedores de la autoridad científica hacia otras formas de autoridad cuya reputación se basa más en el número de seguidores, los clics y el poder de influencia sobre futuros consumidores que en la reputación académica, la calidad de los descubrimientos científicos e incluso el «factor de impacto». La jerarquía de los influencers científicos poco tiene que ver con la del universo académico y los procedimientos de validación del conocimiento. La preocupación por las noticias falsas (*fake news*) o por la ignorancia de los jóvenes de hoy hace perder de vista la cuestión central: el profundo desplazamiento de los espacios de producción y difusión del conocimiento en EE. UU. El conocimiento erudito nunca ha sido tan importante en este país; sin embargo, una parte de la población se aleja cada vez más de él.

Este giro habermasiano se completa con el surgimiento de autoridades sociales más legítimas que las universidades para jerarquizar y legitimar el conocimiento. Desde fines de los años 60, las iglesias, tanto protestantes como católicas, tomaron distancia de la modernidad científica. Así, desde mediados del siglo XX, el pensamiento de Reinhold Niebuhr venía ejerciendo una gran influencia que contribuyó al surgimiento de un pensamiento reformista dentro de las esferas religiosas. Si bien esta corriente reformista no ha desaparecido ni del catolicismo ni del protestantismo, dio lugar a enfoques más fundamentalistas y hostiles

hacia la ciencia moderna. El éxito del pensamiento creacionista demuestra el camino recorrido en la materia y el surgimiento de saberes diferentes de los enseñados en los campus universitarios del país.

Además, los *think tanks* conservadores, financiados masivamente por empresarios, compiten hoy fuertemente con el conocimiento académico. Surgidas durante la Segunda Guerra Mundial, estas estructuras se diferencian de las fundaciones filantrópicas por una producción interna de conocimiento que apunta precisamente a cuestionar la autoridad de los académicos. Se diferencian además por una metodología menos anclada en el largo plazo y el trabajo de campo, tan apreciados por las ciencias sociales. En su seno, se privilegian en mayor medida las encuestas de opinión, los sondeos y los datos digitales, con un tiempo de investigación particularmente veloz y mejor adaptado a la reconfiguración del espacio público. Su *expertise* se ha vuelto en gran medida dominante en los medios de comunicación, ya que sus informes también han sido pensados y dirigidos al universo digital con breves y contundentes síntesis, lo que permite un desarrollo más eficaz para alcanzar la audiencia deseada.

Estos nuevos competidores también han desplazado el acceso al conocimiento y descalificado a los mediadores culturales tradicionales. Una parte creciente de la población se aleja del conocimiento clásico de los académicos, a menudo hiperespecializado, que requiere de un tiempo prolongado de lectura y comprensión poco adaptado a la revolución digital. La campaña presidencial de 2024 demostró perfectamente la profunda transformación en marcha. Los grandes

diarios tradicionales y los canales históricos de televisión se muestran en gran medida relegados e incapaces de participar en la actual deliberación democrática. Como era de esperar, se evitaron los debates entre los dos candidatos y se privilegiaron intervenciones dentro de los círculos cerrados de las redes sociales. La democracia deliberativa parece haber sido definitivamente desplazada en beneficio de la democracia digital.

Ni los conservadores ni las batallas culturales son responsables de la descalificación actual del trabajo intelectual en Estados Unidos. Desde luego, a comienzos del siglo XXI, el discurso antiintelectual sigue siendo dominante y arremete principalmente contra el poder de los académicos y su producción de teorías críticas sobre las sociedades pasadas y presentes. Sin embargo, la actual relegación se debe menos a los comentarios hostiles de Trump que a los nuevos mundos inventados por los empresarios de Silicon Valley. La profunda transformación del espacio público, la revolución digital y la existencia de otras autoridades culturales debilitan desde afuera el conocimiento producido en masa por los intelectuales estadounidenses.

Al igual que en otros lugares, su trabajo se ve descalificado, invisibilizado y, finalmente, poco adaptado a este «giro» esencial que tanto preocupa a Habermas. El intelectual está menos aislado en una torre de marfil de lo que acabó estándolo en un espacio público y mediático en proceso de recomposición y bien adaptado a sus normas y temporalidades profesionales. Esta relegación debe tomarse muy en serio, tanto para el futuro de las ciencias sociales como para el de la democracia. Si bien la reflexión colectiva futura no debe

prescindir de las herramientas metodológicas de las ciencias sociales, puede en cambio reflexionar sobre las modalidades de producción, difusión y escritura del conocimiento. Este momento antiintelectual estadounidense particularmente intenso no se limita a este único espacio. En Francia, donde se escuchan cada vez más ataques similares y donde el espacio público sufre también de una transformación profunda, las mismas causas tendrán pronto las mismas consecuencias.

Referencias: (1); (2); (3); (4).

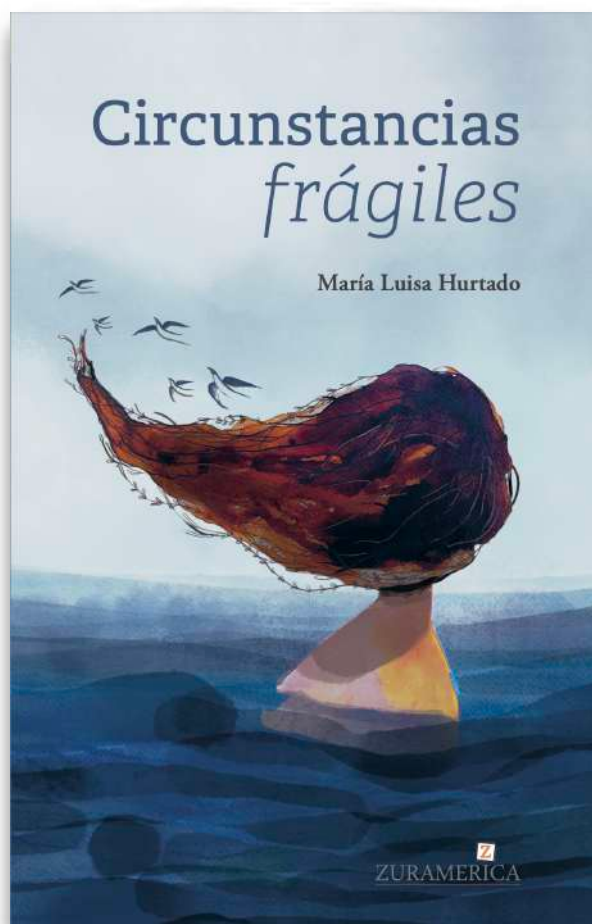
Palabras

“Si te amo, ¿qué te importa a ti?”.

Johan Wolfgang von Goethe

Cuento

A los cuentos de María Luisa Hurtado los anima la vida, y trozos de vida es lo que buscamos en la literatura. Esa vida animada por un concepto muy claro en Henry James, el “movimiento”; vidas que se dirigen hacia alguna parte, que buscan, que intentan y experimentan, que dan cuenta de lo mejor de sí en las encrucijadas, que saben que saciar la falta de sentido es una batalla perdida pero aun así lo pretenden; donde un sombrero que vuela por el viento, o una fiesta sorpresa, o unas tazas de porcelana trizadas, pueden ser el detonante de fuerzas mayores que permanecían ocultas y se agitaban bajo las aguas quietas de una vida cotidiana. Mundos que asoman y muestran su potencial destructivo. María Luisa Hurtado crea situaciones, crea personajes que ruedan por la pendiente de la vida, con una fuerza que en buena parte reside en una prosa y una escritura de gran calidad expresiva.



[COMPRAR AQUÍ](#)

Circunstancias frágiles

María Luisa Hurtado

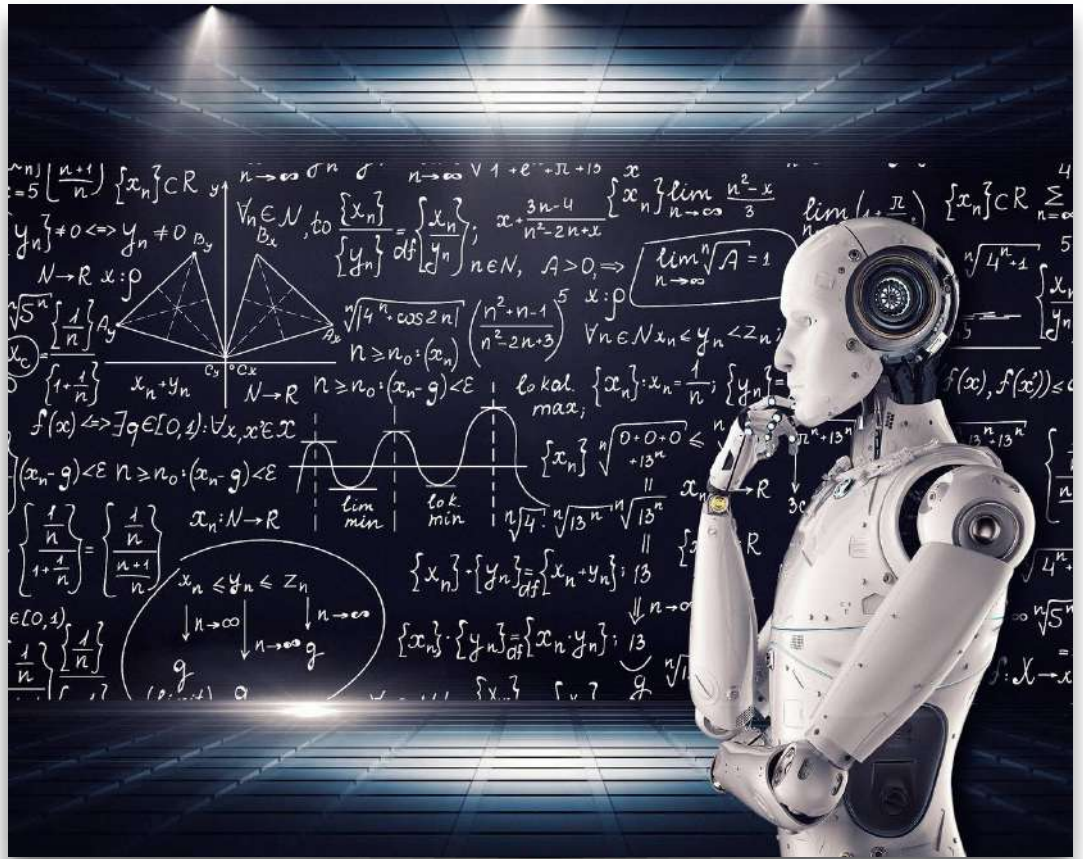
14 x 22 cm / 190 páginas

978-956-9776-52-6

2024, septiembre.

\$ 17.500.-

[Prensa y medios](#)



La ética de la inteligencia artificial

Por desatinado que pueda parecer, he creído siempre que en el mundo de la ciencia también existen mafias. O hampas que, sin ser respetuosas con el código deontológico de su disciplina, utilizan la ciencia con fines muy perversos y macabros.

Recuerdo cuando en 1999, siendo yo un niño, se creía que las máquinas y los sistemas tecnológicos dejarían de funcionar con el cambio del milenio: de pronto, como un hecho inaudito, iba a producirse un parón en los *softwares* de las computadoras, las parabólicas de las televisiones se apagarían sin razón aparente, al igual que los electrodomésticos, las redes de telecomunicaciones o los teléfonos de entonces. Ahora esto nos puede parecer un disparate, pero en aquel momento, cual si fuera una

paranoia, se pensaba que la humanidad no iba a estar preparada para afrontar el futuro digital. Y lo cierto es que, unas décadas más tarde, todo ha resultado ser una falsa expectativa.

Nuestra época bien podría considerarse cualitativamente revolucionaria por los avatares tecnológicos, gracias en parte a los algoritmos y al perfeccionamiento de la robótica. Sin embargo, estos avatares no siempre mejoran la calidad de vida de las personas. Y así ocurre, por ejemplo, con la inteligencia artificial que está poniendo en jaque a medio mundo.

Sus repercusiones preocupan a los expertos, a los intelectuales y a científicos como Geoffrey Hinton o Sam Altman, que alertan de su imparable peligro si no se adoptan medidas para controlar sus efectos. El primero, conocido como el «pionero» de la IA, que diseñó en 2012 una red neuronal capaz de razonar *per se* y de reconocer objetos, rostros y lugares, dimitió hace unos meses como trabajador de Google para poder pronunciarse con mayor libertad sobre los recovecos de la IA. Y en cuanto al segundo, Sam Altman ha sido el cofundador de OpenAI y uno de los creadores de ChatGPT que manifestó, durante su intervención en el mes de mayo en el Senado de EE. UU., la necesidad de regular la tecnología. Ambos son de las voces más críticas en reivindicar un control de la IA, ante la ambición desmesurada que se cuece en muchos lugares del planeta, por no hablar de Silicon Valley. Aquí no hay mayor obsesión que la de trabajar por y para el diseño de la inteligencia artificial.

Si esta responde a un control gubernamental, jurisdiccional y científico, creo que podemos evaluar la

IA positivamente. Y su provecho puede resultar significativo para suplir carencias; verbigracia, una red neuronal diseñada con ChatGPT puede ser capaz de agilizar unos trámites administrativos muy burocráticos, o determinadas operaciones bursátiles, o realizar intervenciones médicas que, desde un punto de vista sanitario, son muy complejas y requieren de mucho tiempo. Igualmente, creo que la IA puede prevenir casos de cánceres, tumores o enfermedades cerebrales; y también puede contribuir a una mejor atención para un gran número de clientes que necesiten resolver sus consultas telefónicamente, pues ya existen operadores automáticos gestionados por IA que atienden las peticiones de los usuarios. No obstante, esto no deja de ser una rivalidad para las facultades humanas y, lo que probablemente sea peor, supone minorar oportunidades laborales para la población. Algo que acarrea un serio problema.

Hasta la fecha, no ha surgido preocupación en las esferas políticas y científicas de legislar en el campo de la inteligencia artificial. Se ha pensado que la IA, como enclave de las ingenierías digitales, podría instrumentalizarse para lograr una eficacia en los sistemas de producción, el rendimiento empresarial o concretar intervenciones quirúrgicas. Cuando aparecieron los primeros diseños de IA, se le atribuía ser la panacea, en tanto que iba a acomodar las necesidades productivas a las necesidades humanas. Pero, sin duda, los efectos están siendo otros. En primer lugar, la IA supone una amenaza para determinados oficios, profesiones y mano de obra. Y, en segundo lugar, la sociedad contemporánea no termina de aceptar su calado.

¿Hasta qué punto la IA puede garantizarnos un bienestar? ¿Acaso no ha sido la IA uno de los descubrimientos más sobrevalorados de las últimas décadas? Creo que en parte sí. Y también estoy convencido de que hemos ido adoptando la IA en nuestras vidas sin percatarnos realmente de su doble filo. Por eso, ¿nos ha creado la IA una especie de ensoñación hasta el punto de cegarnos? ¿Nos hemos fascinado tanto por la IA que no nos hemos dado cuenta de adónde nos iba a deparar? Está claro que la IA arrastra una lucha de poderes, no solo económicos, sino estadistas. Y ahí, a mi parecer, surgen batallas tecnológicas que atentan contra las capacidades humanas, donde las máquinas reemplazan el trabajo de las personas —algo que ya viene ocurriendo desde hace un tiempo— y, a lo que por ende, no se le ha dado ninguna ética.

Por desatinado que pueda parecer, he creído siempre que en el mundo de la ciencia también existen mafias. O hampas que, sin ser respetuosas con el código deontológico de su disciplina, utilizan la ciencia con fines muy perversos y macabros: son científicos que, tal vez sobornados por los gobiernos, los lobbies o las élites económicas y financieras, trabajan duramente en los laboratorios utilizando el método científico con argucias inmorales. Experimentan con enfermedades muy virulentas para luego crear medicamentos y generar miles de millones de euros; patentan armas de destrucción masiva para que se creen guerras; desarrollan dispositivos cada vez más sofisticados para crear adicciones a las tecnologías; e inventan robots para sustituir el trabajo humano y con eso incentivar más el capitalismo, porque una persona puede ser productiva hasta cierto límite. Si esto lo aplicamos a un ámbito

antropológico, podemos decir que esas mafias de la ciencia maquinan para que, el ser humano, entendido como tal, sea reemplazable, algo caduco y prescindible laboralmente. Sabiendo esto, ¿por qué los gobiernos no encuentran un consenso para regular el imparable desarrollo de la IA? ¿Puede desatar la IA una guerra tecnológica, donde aumenten las diferencias entre países ricos y pobres? ¿Y qué puede entenderse por una guerra tecnológica?

No tengo la menor duda de que las principales potencias mundiales, como Rusia, China o Estados Unidos, se disputan una olimpiada por conquistar el podio tecnológico; y de la misma forma, ser la vanguardia en robótica y en la sofisticación de las máquinas pensantes. Y, la verdad, que el mundo sea dominado por la IA asusta un poco. Pero más asusta que el ser humano ya ha alcanzado su mayor contribución intelectual, y desde hace unas cuantas décadas no hace más que idiotizarse. Esa inteligencia humana que asombrosamente se desafiaba a sí misma cultivó el arte, la filosofía, la Ilustración, el Humanismo, el Renacimiento, descubrió el fuego, la caza, la agricultura y la pesca, e inventó infraestructuras para expandir las ciudades y la habitabilidad en la Tierra, y, ahora, sin embargo, está condenada a perder su lucha contra la IA.

Aunque las máquinas no puedan sentir, llorar, reír o emocionarse, sí pueden atentar contra la inteligencia humana y crear un mundo catastrófico. Por eso es urgente establecer un control y una ética a esas máquinas pensantes que han superado con creces el potencial humano.

Cuento

Con un apego persistente por su “Santiago fantasma”, dejándose llevar por la inercia de la memoria y por la gravedad objetiva del afuera, iluminando sus experiencias con fragmentos de filosofía, Rodrigo ha cruzado en este libro la frontera de la crónica urbana. Lo que nos plantea es una indagación sin término, en la cual la ciudad misma –naturalmente, sin mayores esfuerzos– se imanta de conexiones simbólicas sorpresivamente manifestadas en la apariencia de las cosas. Es la ciudad de la infancia, la de los suburbios, la ciudad fabril del siglo XX profundo, y también, al mismo tiempo, el espacio inconsciente donde los subterráneos se prolongan en túneles, las calles nocturnas no se sabe a dónde llevan y las viejas construcciones se sostienen apenas en las grietas de sucesivos terremotos. Recordé, mientras leía *Fábricas, lugares... olvido*, el Buenos Aires especulativo de Héctor Libertella y el Londres amarillento y brumoso de tantos relatos decimonónicos. Menciono igualmente a Eliot y su noción de las ciudades irreales: suspendidas, ingravidas, tan ubicuas como la del famoso poema de Kavafis. Los paisajes que son la fijación del autor, las antiguas industrias, los caminos polvorientos, las calles de regreso del colegio, el comienzo del campo junto a las últimas construcciones, son emocionalmente reconocibles para todo el mundo. Es una alegría el hecho de que la



[COMPRAR AQUÍ](#)

Fábricas, lugares... olvido

Rodrigo Asenjo Fuentes

16 x 19 cm / 210 páginas

978-956-9776-53-3

2024, octubre.

\$ 17.500.-

[Prensa y medios](#)

Los libros de nuestra editorial los encuentras En: www.zuramerica.com



citylab



SALVAJE
LITERATURA Y ARTE



Palmaria
LIBROS



queleopichilemu

autóras



BROS
LIBRERÍAS

Librería
Lolita
No podemos vivir sin libros



Librería Zapallar

MILENA
CASEROLA

Gurruchaga 440 2doA (Lun. a Vie. 14 a 18 h), Buenos Aires.